

Gente corriente

Alessandro Avamini

Heladero. Era director del área de tecnología de una empresa alemana. Lo dejó todo y abrió una heladería.

«Mi vida como informático era anónima»

Catalina
Gayà



Está sentado como cliente en su heladería con un helado en la mano. Caminamos un rato y los vecinos del barrio lo saludan. Desde hace dos años es Alessandro, el heladero. En Italia, trabajaba como ingeniero informático. También estudió biomedicina y se fue a Estados Unidos a cursar un máster en negocios.

-Veo que lo conocen en el barrio.

—[Se ríe] Sí, la gente me saluda.

-Un tópico: heladero e italiano.

—[Se ríe] Llegué porque me acababan de echar de Estados Unidos y decidí que tenía que salir adelante. Vine a aprender castellano. ¡No tenía ni idea de que aquí se hablara catalán!

-Espere, ¿lo echaron?

—Sí. Me fui un año a Boston para estudiar un máster y me quedé otros dos. Abrí un negocio informático y otro de importación y exportación de arte italiano. Tramité el permiso de trabajo y me lo denegaron. En dos semanas tuve que empaquetar tres años y regresar. Perdí dinero y, la verdad, fue un golpe duro.

-¿Ha regresado a EEUU?

—No, todo el mundo sabe que es mejor no ir durante algunos años.

-Tiene una vida movida, vaya.

—Es curioso: hasta los 29 años fui lo que se llama en Italia un chico de casa, iglesia y novia. Entiéndame, no es que fuera a la iglesia, pero había acabado las licenciaturas de ingeniería informática y de biomedicina, tenía trabajo y novia. Una vida cómoda. Tuve un desengaño amoroso y decidí moverme. Cuando fui a Boston, era la primera vez que me alejaba de mi familia.

-Siempre quiso montar la heladería.

—Supongo que siempre lo he querido sin ser consciente. Cuando llegué, colgué mi currículum en internet



ALVARO MONGE

«En Barcelona, la gente prefiere cerrar los locales antes que bajar el precio de los alquileres»

-Es ingeniero, biomédico, estudió un máster en negocios. ¿Lo de la heladería le viene de familia?

—No, mis maestros son unos amigos de toda la vida, Piero y Terry, que vienen en Cerdeña y que son heladeros. Empecé siendo su cliente y, luego, los ayudaba cada vez que iba a la isla. Su primera heladería se llamó Arcobaleno (Arco iris) y, por eso, yo le puse ese nombre.

-Siempre quiso montar la heladería.

—Supongo que siempre lo he querido sin ser consciente. Cuando llegué, colgué mi currículum en internet

y me contrató una empresa informática pequeñita. Poco a poco me fui situando. Era director del área de tecnología de una empresa alemana cuando monté la heladería.

-¿Dejó el puesto en plena crisis?

—Estuve tres meses compatibilizando la heladería con la informática, pero aposté por la heladería.

-¿Le gusta tratar con la gente?

—Esa era una de mis principales motivaciones. Hacemos helado artesanal, pero lo que quiero conseguir es el trato familiar que tiene Piero con la gente. Creo que lo he conseguido.

-¿No ahora la pantalla?

—Mi vida como informático era anónima y ahora la gente me saluda. He conocido más barceloneses ahora que en los cinco años que estuve trabajando como informático. La informática es una pantalla, un problema y un cliente enfadado.

-¿Vino Piero a la inauguración?

—¡Claro! Cuando abrimos, yo estaba muerto del miedo: nunca había hecho un cucurcho en mi vida.

-¿Se venden helados en tiempos de crisis?

—La crisis nos está afectando mucho. Tenemos una heladería, estamos asociados con otra en Vallcarca y vendemos a restaurantes. Y es una lucha diaria contra el «no hay dinero». Además, los locales en Barcelona tienen unos precios prohibitivos. Los dueños prefieren cerrar la persiana antes que bajar los alquileres.

-Están en el centro de la ciudad.

—Sí, pero no ayuda que la plaza sea bastante complicada. Tenemos familias que dicen que les encanta el helado y el trato, pero no regresan porque no se sienten seguras.

-¿Trae los productos de Italia?

—No, practicamos el kilómetro cero: los productos son de aquí. Solo traemos el *mírto*, que es como el pacharrán, porque aquí no lo encuentro.

-¿Tiene un proyecto en cartera?

—Espero que en unos meses la heladería funcione sola y entonces yo regresé a la informática.

-Sí que ahora la pantalla...

—Le doy la vuelta: quiero proponer a pequeños empresarios y a autónomos que informaticen sus datos como lo hacen grandes empresas, pero utilizando software libre.

-¿Ya tiene recetas propias?

—[Pone cara de niño travieso] Sí, ahora preparo un toque de vainilla veado con chocolate que incorpora partículas efervescentes que explotan en la boca. =